

Informes y Perspectivas: la Economía Española en el siglo XX

Resumen:

La conferencia del Profesor Velarde nos permite dar un paseo rápido por la historia de España a lo largo de algo más de un siglo y en ella se recogen aspectos muy importantes de la experiencia española que pueden ser de indudable interés para ayudar a otros países a superar las primeras fases del desarrollo económico y a alcanzar unos ritmos de crecimiento sostenidos de la renta real por habitante que les acerquen a la media de los países industrializados.

Palabras clave: Historia económica de España en el siglo veinte, Desarrollo económico español.

Abstract

The lecture of Profesor Velarde, as invited professor to the Master of International Economics, let us to travel through Spanish economic history during the 20th century. He analyses many important aspects and periods of the Spanish experience which can be highly interesting for guiding economic policies of development in other countries in order to reach a sustained economic development with increases of real income by inhabitant nearer of industrialized countries averages.

Keywords: Economic history of Spain in twentieth century, Spanish Economic Development

JEL Clasification: N1, N14, O11.

Presentamos a continuación el contenido abreviado de la Conferencia impartida por el eminente economista español Profesor Juan Velarde Fuertes, en el Master de Economía Sectorial Internacional de la Universidad de Santiago de Compostela en el año 2001.

Incluimos también una nota biográfica del conferenciante y un comentario a la conferencia por parte de la Profesora María del Carmen Guisán.

EVOLUCIÓN DE LA ECONOMÍA ESPAÑOLA EN EL SIGLO XX

Por el Prof. Juan Velarde Fuertes

Catedrático de Economía Aplicada

Profesor Emérito de la Univ. Complutense de Madrid

En el siglo XX la evolución económica de España experimenta un gran corte: el de 1959. De ahí que para comprender buena parte de lo que constituyó la médula de una realidad económica nacional hasta lo que fué el viraje aperturista de 1959, es necesario comenzar por analizar la Regencia, remontándonos por lo tanto a la situación de la sociedad española a finales del siglo XIX.

En 1885 el mundo se encontraba azotado por una muy serie crisis económica. Mas ésta parecía respetar a Alemania, país que había consolidado un buen mercado interior gracias a la Unión Aduanera, Zollverein, y a un sistema ferroviario unificado, amparado todo por una política proteccionista a la que se sumaba una unión monetaria que culminó con el marco alemán definido por las leyes imperiales.

España pasó a mirarse en el espejo alemán. Todo el proceso lo había desencadenado una política económica en grandísima parte inspirada por el economista

Federico List. Schumpeter escribiría: “List vió una nación que forcejeaba presa de las cadenas que le imponía un pasado inmediato miserable, pero vió también las potencialidades económicas de aquella nación”. Nuestra situación también pobre, incluso miserable ¿no podía tomar ejemplo de lo que había acontecido en Alemania?

Todo esto actuó como una especie de mensaje escuchado por los dirigentes de la política económica española, y muy en particular por Cánovas del Castillo. Ese modelo pronto se enraizó entre nosotros e incluso muy rápidamente se hizo popular, pero este aislamiento económico tendría problemas que tardarían en superarse.

Etapas de autarquía

Se inicia así en España una marcha hacia la autarquía entendida como nacionalismo económico, que sin embargo no habría de funcionar de la misma forma que en Alemania por varios motivos, y así Flores de Lemus, en sus cartas a García Alix, explicó que al ser el mercado español más reducido, sistemáticamente, que el alemán, lo que en el nuevo imperio germano se transformó en un círculo virtuoso de riqueza, en el reino hispano se tradujo en un círculo vicioso donde la pobreza engendraba cada vez más situaciones de subdesarrollo.

Aunque en esta etapa existió un ligero progreso económico debido en parte al papel desempeñado por las rentas del azúcar y del tabaco cubanos, y a otros factores como la entrada de inversiones extranjeras especialmente las procedentes de Francia, el modelo autárquico no era bueno y se iban a producir problemas que no se superaron hasta la segunda mitad del siglo XX, especialmente a partir de las reformas de 1959.

Gobierno de Maura

Este modelo se aceleró a partir de 1907, cuando Antonio Maura, en su *Gobierno Largo* de tres años, ilusiona a varios conjuntos de las clases medias con las posibilidades de que se pudiese en marcha el proceso de la *revolución desde arriba*.

Lo había anunciado así al romper con Sagasta el 15 de junio de 1901, en su discurso en el debate del Mensaje de la Corona, en el que, tras señalar que los recientes comicios que habían dado el triunfo al jefe del partido liberal fusionista, eran una “saturnal electoral”, anuncia una toma de posición política ante el futuro con aquel párrafo tan conocido de que “la primera necesidad política que vengo predicando hace mucho tiempo es atraer a la política a los neutros. ¿Hay egoísmos? ¿No responden a los llamamientos? Indudable; yo no sé si su egoísmo es legítimo, aunque sí que sobran causas históricas para explicarlo; lo que digo es que no se ha hecho un ensayo para llamarlos con obras, que es el único lenguaje a que ellos pueden ya responder; llamarlos con obras vibrantes, para despertarlos y convencerlos, para arrancarlos de su inacción y de su egoísmo, para traerlos por fuerza a la vida pública.

Fue honda la transformación que va a experimentar el modelo económico nacido en la Regencia con este ímpetu de Maura. Era evidente, además la vocación de éste como Bismarck ibérico. Incluso en los afectos y desafectos con la Corona, se va a repetir en el político español mucho de la biografía del prusiano. Para mostrarlo de modo claro, cuando entra Maura en el gobierno Silvela como ministro de la Gobernación, en 1903, crea el

Instituto de Reformas Sociales transformando la Comisión de Reformas Sociales que había aparecido de la mano de Posada Herrera en 1883.

El primer dato, que va a reforzar el populismo a partir de los mensajes del movimiento conservador que pasa a acaudillar Maura al suceder a Silvela, es que se hace por espíritu de justicia, no para arrancar adhesiones en el mundo obrero, aunque parece evidente que lo que así se pretende es lograr mayores dosis de paz social, capaces de transformar, de algún modo, la tensión que en este terreno se acumulaba, tanto en las zonas rurales, con un muy serio mito del reparto agitando el mundo español, como en todos los municipios con el problema de los impuestos de consumos, o como en las zonas urbano-industriales al reaccionar con violencia los obreros en relación con un efecto Giffen típico, cuando subía unos céntimos el precio del pan.

Esta situación, en lo económico, se enmarca en una coyuntura, la de la primera década del siglo en la que se observa un crecimiento global de sólo un 8'4 % en toda ella, cifra evidentemente raquítica. Si se prefiere ampliar la observación al período 1889-1913, la tasa media anual de crecimiento del período es de un 1'42% en el PIB al coste de los factores y en la Renta Nacional bruta disponible, y de un 1'11% en la Renta familiar neta disponible. Estamos de lleno, pues, se mire por donde se mire, en una etapa de muy lento desarrollo económico. Aunque las cifras no son exactamente homogéneas, esto tiene otra visión. La divergencia, empleando las informaciones de Prados de la Escosura y Angus Maddison, de nuestro PIB real por habitante y el de Italia, Francia, Alemania, Gran Bretaña y Estados Unidos, se acentúa con fuerza en nuestro disfavor.

Política económica de Cambó

Quien se convierte en sucesor, sobre todo de Maura, como director de la política económica española es Cambó. Mientras tanto, se acentúa la separación de nuestra economía, la que se había construido en el período 1901-1910, de la de los países que pueden considerarse guías para juzgar la convergencia de España, Italia, Francia y Estados Unidos; aunque surge una convergencia con Alemania, evidentemente a causa de la catástrofe económica que le supuso la I Guerra Mundial, y con Gran Bretaña, que comenzaba ya a experimentar las consecuencias de un muy débil desarrollo tras la etapa victoriana.

La realidad que se logró con un escaso proceso económico que experimenta, adicionalmente, tensiones inflacionistas importantes, fue acelerar más aún el despliegue dentro de este modelo económico que había acompañado a los españoles hasta entonces.

Algo había contribuido también, por lo que se refiere el intervencionismo, el conjunto de escaseces derivadas directamente de las consecuencias económicas de la I Guerra Mundial. Este intervencionismo más de una vez se caracteriza por reforzar los talantes corporativistas que, empapaban con fuerza la vida económica española, mientras que en esa mezcla de corporativismo, cartelización e intervencionismo se comenzaba a notar las características de la que se podría llamar la futura empresa pública española.

Ese es el Cambó que va a abordar su otra gran obra, la Ley Bancaria Cambó-Bernis de 1921 y, en 1922, el Arancel Cambó, porque se considera que todo el edificio económico español se puede venir al suelo si no existe una fuerte protección arancelaria ante los riesgos de la postguerra. Alba, que era ministro de Instrucción Pública en el mismo

Gobierno, frenó con dificultad tan considerable subida en los impuestos aduaneros, al darse cuenta de las consecuencias de esta “muralla china arancelaria española”, como se la acabó pronto denominando en los medios de la Sociedad de Naciones.

Estos impuestos rivalizaban entonces con los desatinados aranceles creados en los muy nacionalistas Estados danubianos nacidos de la crisis de los cuatro imperios periclitados a raíz de la I Guerra Mundial- el austriaco, el ruso, el turco y, en una medida más remota, el alemán-, y más adelante con el arancel Hawley-Smoot norteamericano. Cambó creyó siempre que así se iba a asentar sobre bases muy firmes el desarrollo de nuestra economía. El arancel la separaba del exterior; la nueva organización bancaria y la monetización de la Deuda, garantizaban un crédito fácil; los capitales extranjeros se retiraban de España -en parte notable, a causa de las consecuencias de la I Guerra Mundial, pero lo que es evidente es que se retiraban-, y con ello se afianzaba el nacionalismo económico.

Dictadura de Primo de Rivera

Cuando contemplamos la Dictadura de Primo de Rivera veremos, en primer lugar, una aplicación de la política económica que venimos señalando, pero, como consecuencia de su régimen autoritario, sin aquellos frenos que obstaculizaban su radical desarrollo, a causa del régimen liberal democrático de la Restauración. Primo de Rivera cree conocer la fórmula para que nuestra economía se levantara de la postración en que yacía después de la I Guerra Mundial. Cuando se la analiza de cerca, se observa que admitía el mensaje regeneracionista –era preciso que el Sector público colmase unas demandas sociales que desde larguísimo tiempo ha, estaban insatisfechas-, lo que suponía aumentar el presupuesto de gastos y, como fracasaría en sus intentos de reforma tributaria, Primo de Rivera se convertiría en un esclavo del déficit, aunque es evidente que la suavidad impositiva tenía que acabar por ser un mecanismo impulsor de la acción empresarial.

A más de admitir el déficit como uno de los elementos de su realidad, Primo de Rivera iba a conseguir una etapa de paz social notable y, al mismo tiempo, de tranquilidad ciudadana casi absoluta, con lo que puede decirse que desde finales de septiembre de 1923 a enero de 1930, la acción empresarial se iba a aprovechar de algo que la Restauración no había sido capaz de ofrecer: la mencionada paz social.

El resultado es un fuerte desarrollo económico que las cifras de Julio Alcaide sitúan en siete años de continuo, y en algunas ocasiones de fuerte desarrollo económico: 1925, con el 5'93% de incremento del PIB a precios de mercado, ó 1927, con el 7'08% de incremento de esta misma macromagnitud.

Por supuesto que el *error Argüelles*, al intentar frenar la caída de la peseta con fuertes restricciones de la demanda interna para, de modo insensato, adecuar nuestros precios interiores a los mundiales en declive, hundió la expansión de la Dictadura. Pero, incluso sin él, este panorama maravilloso tenía, por fuerza, que concluir y no demasiado tarde.

La caída de la peseta suavizaba una eventual crisis entre nosotros, pero lo malo era que Primo de Rivera creía compatible dentro del clima internacional que entonces reinaba, que creciese el PIB, que no existiese inflación ni deflación, que mejorase el empleo y que

se mantuviese estable la cotización de la peseta. Incluso tenía preparada una escueta nota oficiosa cuando en 1927 subía la peseta, partiendo de las bajas cotizaciones de 1925.

Su texto iba a ser: “La libra esterlina a 25. ¡Viva España!” La recuperación de la vieja paridad de 25 pesetas una libra esterlina que estaba unida a la aparición de nuestra moneda en 1869, cotización que ya se había conseguido, y aun mejorado, en la I Guerra Mundial, era algo así como una irrenunciable reivindicación nacional española. De ahí que se sospeche que se acabaría incurriendo, incluso con la Dictadura en el poder, si se hubiese mantenido en él en 1930, en algo paralelo al “error Argüelles”.

La tercera característica de la política económica de la Dictadura fue un déficit presupuestario muy limitado. Gracias a la conjunción de aportaciones de Pablo Martín Aceña y de Leandro Prados de la Escosura conocemos sus dimensiones, que habían sido exageradísimas. Las tasas de desarrollo de Julio Alcaide muestran un avance del PIB en 1929 sobre 1922, del 32’28 % y los de Prados de la Escosura del 30’53 %. Esto es tanto como decir que si se juega con la estimación Alcaide se observaría un déficit aun más reducido.

Crisis internacional y II República

Buena conducta fiscal, carencia de estrangulamientos a causa de la mejora de las infraestructuras, un pacto social que superase el caduco Pacto de El Pardo, podían haber sido elementos aceptables para evitar que la Gran depresión se abatiese también con fuerza sobre España. Después de un pequeño espacio de tiempo –enero 1930-abril1931-, y tras el cambio de régimen político, se va a observar que quedan tres picachos –1929 y 1935- que no se van a volver a conseguir, en valores absolutos hasta 1951-1952. Así se explica la nostalgia que existirá en España durante mucho tiempo sobre la situación anterior a la Guerra Civil.

A mi juicio, la II República concluye con las elecciones legislativas de febrero de 1936, y había comenzado con las municipales de abril de 1931, o sea que no llega a cinco años y, durante ellos existen tres circunstancias dispares: un Gobierno provisional derivado de un Comité revolucionario que ocupa el poder, y que se prolonga en el período presidido por las Cortes constituyentes de 1931; el bienio republicano socialista,- o sea, de centroizquierda- que llega hasta 1933, y finalmente, el bienio radicalcedista, o sea, de centroderecha, que llega a finales de 1935 con el apéndice del Gobierno de Portela Valladares.

Un período, pues, muy agitado, con conmociones tan serias como la revolución socialista – a la que luego se sumaron otros elementos- de octubre de 1934, que poseyó una especial virulencia en Asturias. En medio de todo esto, se observa que el PIB a precios de mercado, en pesetas de 1986, fue de 6’4 billones en 1935 y de 6’0 billones en 1929. El leve avance del 5’3 % en los seis años que van desde el final de la Dictadura hasta el final de la II República – que proporciona, además, con esta cifra de 1935 el dato más alto de nuestra anteguerra- va a demostrar que tampoco con este modelo se atinó a resolver las cosas.

Como veremos el análisis del modelo económico republicano que hace el profesor Fraile muestra que se repite con él esencialmente el anterior. La República fue, pues, puente, no corte drástico de lo que venía de bastante más atrás. Ese puente trajo novedades; esencialmente, nuevos instrumentos de ayuda a la producción nacional;

“contingentes, acuerdos bilaterales restrictivos y controles de cambios”- nos diría Fraile Balbín.

Es el momento, exactamente en 1933, en el que para Pedro Gual Villalbí todo es lógico fruto del “sagrado egoísmo de los pueblos que excita a los gobiernos a librarse, por medio de recursos artificiales de política comercial, de los vínculos de interdependencia del comercio exterior”. Son los años, concretamente en 1935, en que en la *Revista de Ingeniería Industrial*, Antonio Robert propondrá, para que tenga lugar una intervención ordenadora estatal en ciertos sectores, una planificación. El artículo, publicado en noviembre de 1935, se titulaba “*Un plan nacional de industria*”.

Consecuencias económicas de la Guerra Civil

La Guerra Civil no podía cambiar mucho las cosas salvo en sentido negativo. Observémoslo en cuatro cuestiones diferentes. La primera, el mantenimiento en ella de la tradición económica que se remontaba, como se ha señalado muchas veces a la restauración.

Dado que fue vencedor el bando nacional, conviene tener en cuenta que todas las líneas ideológicas que se concentran en él admiten el nacionalismo económico que en su día había puesto en acción como una especie de dogma Cánovas del Castillo, con los antecedentes alemanes de List y los norteamericanos de List, Carey y Hamilton.

En la Zona republicana, en ella de modo clarísimo, a partir del 18 de julio de 1936, se pretendió destruir rápidamente al capitalismo y poner en marcha un sistema económico nuevo. Los modelos a implantar, combatieron, a veces con ferocidad, entre sí. El mensaje soviético era muy claro en los planteamientos de Largo Caballero y de *Claridad*, aunque el “control obrero” abundante en el resto del socialismo no terminó nunca de aclararse, aparte de que ni lo uno ni lo otro era parecido ala colectivización anarquista, ni ésta al gradualismo que, para poder ganar la guerra , impuso en todas esas doctrinas el comunismo.

El arraigo de éstas, que comenzaron a dibujar en la zona republicana, como señalara Antonio Elorza, el contorno de las después llamadas “democracias populares”, se debía a que muchos consideraban que el Partido Comunista de España constituía la garantía de la aurora de un hombre nuevo, que era forjado por Stalin con dureza, a través de sus Planes Quinquenales, ajenos, por primera vez en la historia moderna, al mercado. Se murió y se mató en España, durante tres años por la utopía.

Pero, además, los dos bandos observaron que las condiciones productivas creadas para el sector Industrial originadas por las medidas proteccionistas implantadas en nuestra economía, no hacían posible el sueño de tener un aceptable grado de independencia económica. Por supuesto que parte de la política económica posterior se va a explicar precisamente porque grupos militares que estaban detrás del nacionalismo, derivaron de esto, luego se vería que erróneamente, que era preciso profundizar en éste, implicando directamente al Estado e impulsando muchos más sectores productivos. El núcleo esencial del pensamiento que pronto crearía al Instituto Nacional de Industria, en esa experiencia bélica se basó.

Pero no se trata sólo de la caída de la producción y trastornos importantes en la cuantía de nuestro capital nacional, sino que nuestra demografía experimentó una alteración notable. Lo pone de manifiesto la estimación de Martín Rubio – recogida en el cuadro 1 – que muestra las raíces del mordisco que se observan en nuestras pirámides de población a causa de nuestra guerra civil.

Cuadro 1

Nacimientos no producidos	598.268
Sobremortalidad por enfermedad	330.783
Españoles muertos en campaña	114.000
Civiles muertos en acciones de guerra	20.000
Represión en la retaguardia republicana	60.000
Represión en la retaguardia nacional	70.000
Españoles exiliados	200.000
Total pérdidas	1.393.051

Este panorama demográfico, que sobrepasa el número del millón de españoles, constituye el otro grave pasivo de nuestra última contienda civil. Ella exigía un fuerte esfuerzo de reconstrucción, que se inicia en 1939.

Período de reconstrucción 1939-59

En el período de postguerra se inicia un período de reconstrucción basado en los criterios de autarquía precedentes, los cuales no se modifican hasta 1959.

Desde el comienzo de la Guerra Fría en 1947, resultaba muy claro que España se colocaba en una actitud de franca oposición al régimen soviético. Los Estados Unidos, muy pronto, comenzaron a manifestar su interés por la actitud española, y dulcificaron su anterior conducta de condena. Todo iba a culminar con los Acuerdos de 1953.

De ahí que tengamos, en lo económico, cuatro etapas muy diferentes en este período de reconstrucción.

La primera, es la de economía de guerra a causa de la situación que emanaba del propio desarrollo de la II Guerra Mundial. Transcurre de 1939 -tras los seis meses que van del 1 de abril del 1939 al 2 de septiembre del mismo año, en los que sólo se pudo comenzar a esbozar una política económica de este tipo- a 1945.

La segunda abarca desde 1945 –condena de Potsdam- hasta mediados de 1947, inicio de la Guerra Fría. Es la etapa en la que se acentúa el aislamiento y en la que existe una áspera lucha guerrillera, que perpetuaba muchísimo tal esfuerzo de reconstrucción.

La tercera se desarrolla de 1947 a 1953, y se inicia, en lo económico con el Primer Plan de Estabilización, para hacer posible un esfuerzo productivo grande, al no existir presión internacional enemiga en torno nuestro. El modelo adoptado fue el tradicional autárquico con una considerable dosis de intervencionismo, sobre el que volveremos.

La cuarta, presidida por la ayuda económica norteamericana, va a llegar de 1953 a 1959, y ofrecerá, al par, un notable esfuerzo de desarrollo y un desmoronamiento, cabalmente por ello, de todo el modelo de industrialización con sustitución de importaciones.

Al llegar el final del período es evidente que existieron traspies económicos numerosos, pero también que se produjeron avances muy importantes en las tasas de desarrollo de nuestro Producto Interior Bruto.

Factores de impulso económico

Con la seriedad con la que conviene contemplar estas cosas, es posible decir que los factores de impulso fueron tres: el tradicional, que llega del exterior, el bancario y un tercer impulso que procede de las iniciativas industriales de los ingenieros militares y que impulsa la creación de algunas empresas estatales.

El primero, es el que podríamos denominar impulso tradicional, o sea el que procede del sector exterior, que en este caso se desdobra en las exportaciones y en los créditos logrados en el exterior, sobre todo en los Estados Unidos. En las exportaciones se ha producido precisamente en esta etapa el fenómeno que denominó Perpiñá Grau de sustitución de exportaciones.

La economía española, desde la Edad Moderna, se ha apoyado siempre, para su equilibrio, en uno, o dos grandes sectores vendedores al exterior, que proporcionan notable seguridad para toda nuestra política económica. Muy de tarde en tarde, este sector –o sectores-, entraban en crisis estructural irreversible y tenían que ser sustituidos por otros. A lo largo de nuestra historia económica de la Edad Moderna, estos sectores han sido, la lana, conjuntamente la lana y la plata americana, los trigos y las harinas, el vino, el azúcar y el tabaco cubanos, los minerales metálicos, los productos hortofrutícolas y, en particular, los agrios, y desde el inicio de los años cincuenta, el turismo.

En esta etapa y en este sentido, primero al frente de la Secretaría para la Ordenación Económica y Social de las Provincias, de la Presidencia del Gobierno, y después como primer ministro del ramo, fue esencial la labor aperturista de Gabriel Arias Salgado, al que sucedería brillantemente Manuel Fraga Iribarne. Sin el papel de ambos no se entiende bien como pudo articularse una expansión y consolidación turística, como la que tuvo lugar entre nosotros

El segundo impulso procede de la iniciativa privada. Efectivamente existía intervencionismo, abundaban las estatificaciones y quedaba el rescoldo de la utopía del nacionalsindicalismo, que se colocaba bajo el apartado de la “revolución pendiente”, pero a partir de 1953 se produjo una evolución política de apertura al capitalismo liberal y de abandono gradual del intervencionismo.

La iniciativa privada disponía de muy parecida libertad de acción que la que poseía en otros países europeos y además experimentaba una débil presión tributaria, ya que en 1954 la suma de los impuestos y cotizaciones sociales supuso sólo un 12.14% del PIB a precios de mercado, y finalmente tenía un eje vertebrador en la Banca privada que, por sus características de banca mixta, comercial e industrial, se constituyó así en una pieza muy importante de nuestra estructura económica y de su reconstrucción.

El tercer impulso corresponde al papel desempeñado por los ingenieros militares en el impulso de diversas empresas nacionales, proceso que tuvo algunos aspectos positivos en el desarrollo español de ese momento aunque presentó también muchos problemas que llevarían al abandono de esa política.

Buena parte de estos trabajos quedaron sepultados y olvidados al cabo de pocos años, pero otros, adaptados a las nuevas circunstancias creadas a partir de 1959, incluso han fructificado del modo visible que se percibe en Repsol, en Endesa, incluso en CASA o queda subyacente incluso cuando estas empresas han pasado, de modo total o parcial, a manos extranjeras, desde Seat a Aceralia. Ese espíritu que se une a los técnicos del Sector público no puede despacharse de modo displicente. Un Suanzes, un Otero Navasquies, un Ortiz Echagüe, movilizaron muchas energías dormidas, y eso siempre recibirá algún premio.

Fin del modelo autárquico

Simultáneamente existen claroscuros, en primer término, derivados de una política agraria que está a punto de ser sustituida por otra, como consecuencia de la quiebra que se va a originar de la agricultura tradicional. Siguen los de la política energética, porque – como sostiene Iranzo- “uno de los elementos que caracterizaron sin duda, el retraso económico tras la guerra civil y durante más de quince años, fue la escasez de energía y el consiguiente racionamiento, que afectó a todas las fuentes energéticas...”

Este modelo se estranguló. Al ser sometido a la dura prueba de un fuerte desarrollo, no la superó. Surgen tensiones, disfunciones, incoherencias por doquier. Se podía aceptar un modelo autárquico, por consiguiente, con un débil desarrollo, divergiendo así de los países más importantes económicamente, pero para converger hacia ellos era precisa una gran reforma estructural.

El profesor Iranzo expuso en un trabajo admirablemente las características de la resultante de algo tan contradictorio, y las consecuencias negativas podríamos sintetizarlas en tres apartados:

El primero “reemplazar los criterios basados en la eficacia económica por un intervencionismo autoritario y arbitrario, caracterizado por un ingenierismo de signo militar... donde predominan los criterios tecnológicos por encima de las consideraciones de tipo económico”.

El segundo “el tamaño limitado del mercado interior (que) impedía el aprovechamiento de economías de escala, así como alcanzar un elevado crecimiento.

La tercera limitación, consistió en que el intervencionismo y la protección frente a la competencia exterior, niegan las ventajas del comercio especializado internacional, lo que da lugar a industrias poco competitivas y poco rentables e implica por otra parte un amplio aparato burocrático y administrativo que en lugar de incentivar el desarrollo económico favorece la aparición de grupos de interés en busca de favores (licencias, permisos, cupos, etc.) y la grave consecuencia de una actitud pasiva y desincentivaba de la sociedad para adoptar iniciativas de impulso al desarrollo económico.

Las contradicciones del modelo autárquico impedían el despegue del comercio exterior en la medida necesaria para el desarrollo económico del país. Dos son los factores a tener en cuenta en este sentido.

El primero, la inflación comparativa. Los precios relativos españoles demasiadas veces crecieron por encima de los internacionales y la única salida se encontraba en caídas del cambio de la peseta que, al poco tiempo, como señala Marcela Sabaté, se convertían en nuevas depreciaciones y devaluaciones.

El segundo, que por los procesos de desarrollo hacia dentro, impulsados por la demanda interior, frenaban las exportaciones e impulsaban las importaciones - dentro del que llamaba Manuel de Torres, *proceso autárquico* del desarrollo de la economía castiza española - con lo que aparecían, acompañando los incrementos del PIB fuertes déficits de la balanza comercial que concluían por estrangular el proceso.

Requeijo lo indica gráficamente: “Cuanto más avanza el proceso autárquico, mejor se aprecia la asfixia del modelo”. Si agregamos que en ciertas etapas empeora con fuerza la relación real de intercambio, sobre todo como consecuencia de las subidas de ciertos precios de artículos de importación fundamentales - como ocurrió con los dos sucesivos choques petrolíferos de los setenta - ya tenemos un buen mapa de los mecanismos de freno y, asimismo, de impulso de nuestra economía.

Conviene insistir en esto, como hace el profesor Requeijo, porque sin aclararlas no entendemos los motivos del desarrollo español, ni tampoco los del estancamiento que la misma experimentó en numerosas ocasiones. Concretamente, ratificando lo que señala el profesor Requeijo: “¿Podría una economía de escasa dimensión, atrasada y empobrecida por una larga contienda civil, intentar la aventura del desarrollo hacia adentro? No, no podía, ninguna puede”.

Tres motivos, sin embargo, explican que, en el pasado, se hubiese apostado a favor de medidas de autarquía.

En primer lugar por la tradición: “Los responsables de la política económica del nuevo régimen no tuvieron... que inventar nada”. A partir, además de la Gran Depresión de los años treinta, “el mundo...se había lanzado...a la defensa de sus mercados nacionales por medio de una variada suerte de expedientes protectores que se movían entre los elevados derechos arancelarios y los acuerdos bilaterales”.

En segundo, término, porque “el pensamiento autoritario...no cree en el mercado...(Este) no obedece al Boletín Oficial del Estado. En tercer lugar, porque la larga economía de guerra, que se desarrolla en España desde 1936 a 1948, hizo que no fuese posible imaginar que se abriesen “muchas puertas de un entorno que debía, además, dedicarse a la reconstrucción de sus propias economías”.

Todo se completaba, para incrementar las dificultades, con una peseta que no era convertible: “al no serlo, y con un tipo de cambio fijado por decisión administrativa, el encarecimiento de los productos españoles dificultaba la exportación”. Palpablemente se observa esto en los diferenciales entre el valor de mercado de nuestra moneda - medido por el que proporcionaba el mercado libre de Tánger - y el nuevo oficial de la misma.

Ante las dificultades del comercio exterior de la etapa 1939-59 intentaron varias políticas que no tuvieron el éxito esperado.

En primer lugar, se crearon las cuentas especiales: “al exportador-importador se le abría una cuenta en la que se abonaba el valor de las divisas que sus exportaciones producían y de la que salían las divisas que necesitaba para importar,...de acuerdo con unos porcentajes que variaban de unos años a otros...”

Ante el cúmulo de problemas que se derivaba de las cuentas especiales, la segunda fórmula, aplicada de 1949 a 1957, consistió en establecer cambios múltiples”.

La tercera medida sigue a la devaluación de 1957-el dólar pasó de 11 a 45 pesetas-, pero como “las presiones inflacionistas desbordaron , con prontitud, la paridad establecida...hubo que arbitrar una nueva fórmula para evitar el estrangulamiento exterior...,una variante de los cambios múltiples, puesto que los recargos y primas respecto al tipo de cambio (equivalían)...a mantener precios diferentes para distintas operaciones...

¿Qué podría esperarse del rompecabezas mencionado, que no venía sino a suponerse y a reproducir los rompecabezas anteriores?”. Como ya se ha indicado varias veces, el modelo de aislamiento económico se había agotado:”A finales de 1958, y con una reserva neta de divisas casi nula, que hacía presagiar, a corto plazo, la suspensión de pagos internacionales, se había llegado al límite sostenible de una economía disforme”.

Modelo abierto desde 1960

Esa etapa aperturista es la que precisamente se inicia en 1959. Pero una transformación tan radical exigía, asimismo, un hondo cambio ideológico en relación con la economía capaz de provocar una auténtica revolución en nuestra estructura económica. El primero de los grandes y espectaculares – por su repercusión en la opinión pública- cambios que tuvieron lugar a mediados de los años cincuenta, fue el del sector exterior.

Cuando culminan, a partir de 1960, año en el que comienza el modelo abierto, es posible acercarse a las grandes economías de su entorno, aunque no se puedan identificar, con precisión absoluta, las razones que han forjado la transformación.

Sabemos, eso sí, que la apertura exterior ha sido un gran factor de impulso, en la medida en que ha permitido incrementar y financiar la formación de capital y obligado a aceptar dosis crecientes de competencia; sabemos, también que la cercanía de países con elevados niveles de renta, ha atraído turismo e inversiones; sabemos que la existencia de una de una cierta base industrial, por atrasada que pudiera parecer, ha supuesto contar con una plataforma de despegue; y sabemos, por otra parte, que el arma de ser europeos-de parecernos a las sociedades desarrolladas del continente – ha significado un enorme acicate para afrontar el esfuerzo que todo proceso de desarrollo entraña.

He ahí las claves de nuestro desarrollo, donde el juego exterior es palpable, aunque por supuesto, como concluye en un reciente ensayo el profesor Requeijo, no “resulta fácil determinar el papel que cada uno de estos elementos ha desempeñado”, aunque parece claro que es, a partir de 1960, cuando “se ha logrado (el despegue de nuestra economía) con una gradual incorporación a los mercados internacionales”, o sea, gracias al poderosos

motor de nuestras exportaciones, que saltan de suponer el 6 % del PIB en 1940 al 29 % en 1998.

Esta exportación, además, se ha industrializado: “la exportación de productos fabricados - todo tipo de manufacturas y bienes de capital - suponía, en 1970, algo más del 21% de la total; en 1998 superó el 70%”. El tirón significa “el acercamiento a los niveles de vida medios de la Unión Europea”. En paridad de poder adquisitivo “en 1960 el PIB español rozaba el 60% del de la UE-15; en 1998 se situó en el 80%”.

Las medidas de la revolución- por otro lado obligadas- de 1959, son sintetizadas así, en relación con el sector exterior, por el profesor Requeijo :

“En primer lugar se fijaba un cambio único para la peseta (60 pesetas por dólar), se declaraba su convertibilidad para no residentes y se adoptaban las medidas necesarias para organizar el mercado de divisas...En realidad lo que se aplicaban eran las reglas del Fondo Monetario Internacional, en el que España había ingresado en 1958...”

“En segundo lugar, el Gobierno español se comprometía a liberalizar progresivamente las importaciones procedentes de países OECE...de acuerdo con las normas de la Organización a la que también se había incorporado España en 1958.”

“En tercer lugar, al arancel que se revisaría en 1960, recuperaría su papel de instrumento protector por excelencia.”

“En cuarto lugar, se modificaba el tratamiento de las inversiones extranjeras: desaparecerían, gradualmente las restricciones existentes para adquirir participaciones en empresas nacionales y dividendos y capitales”.

Un fortísimo crecimiento de 1960 a 1974-“tan solo superado, en el contexto OCDE, por los de Japón y Grecia”-fue la respuesta.

Es notorio que “el ritmo de la economía mundial, y especialmente el de las grandes economías europeas facilitó la expansión española, pero los impulsos externos hubieran servido de poco si la economía española hubiera mantenido las puertas cerradas: la apertura exterior, por gradual que resultase en muchos aspectos, constituyó el gran catalizador del crecimiento y de las transformaciones registradas en ese período”.

Conviene añadir, de la mano del profesor Requeijo que, si situar “ el Plan de Estabilización había supuesto una gran operación reformadora para intentar que la asignación de recursos fuera determinada, principalmente, por los mercados, los Planes de Desarrollo, vigentes hasta 1975, constituyeron, en buena medida, un camino de asignación centralizada de recursos que respondía a muy diferentes influencias-políticas, las más de las veces- y que poco tenía que ver con los mercados”.

La operación liberalizadora fue ardua. Requeijo nos indica que, con el arancel de 1960, no sólo los derechos arancelarios “llevaban nombres y apellidos, sino que resultaban sustancialmente elevados, puesto que su media era el 30%. Pero, además, la protección no quedaba limitada al arancel: para equiparar el tratamiento fiscal de las mercancías importadas a las correspondientes de producción nacional-es decir, para neutralizar la desgravación concedida por la mayoría de los países a sus productos de exportación – se

impuso, primero, una tarifa fiscal y, posteriormente, el denominado impuesto de compensación de gravámenes interiores que, en la mayoría de los casos y por cálculo excesivo, acentuaba la protección”.

Crisis petrolífera del período 1974-85

El choque petrolífero cortó en seco este desarrollo. Salvo el corto espacio de tiempo en que Cabello de Alba, junto a la vicepresidencia del gobierno, tuvo la responsabilidad del Ministerio de Hacienda, a finales de 1975, es evidente que como señala Requeijo, “ningún gobierno era capaz, en aquellos tiempos, de soportar el coste político de un ajuste temprano y todos los gobiernos, de 1974 a 1977, prefirieron engañarse a sí mismos, pensando-como, por cierto, pensaba mucha gente en el mundo, desde el senador Fullbright a *The Economist* – que la crisis sería pasajera y que los precios de la energía no tardarían en bajar y en devolver a la economía mundial las características de los años sesenta”.

El resultado de esta crisis, en 1984 fue de un fuerte endeudamiento exterior, que llegó en 1984 a los 29.577 millones de dólares, un 19% aproximado del PIB, que hizo “comprender a los agentes económicos que la economía española se había insertado en la mundial y que recibía de ésta, tanto los impulsos como los choques, y que no era posible apelar, indefinidamente, al ahorro exterior, porque, de no corregirse la tendencia, la succión generada por las obligaciones exteriores podía tener consecuencias muy negativas en la actividad económica”.

Etapas 1986-2000

Si constituyó un revulsivo revolucionario esa especie de fustazo que desde el exterior se propinó a nuestra economía a partir del Plan de Estabilización de 1960, no fue menor el que se derivó de la incorporación efectiva, desde 1986 de España a las Comunidades europeas.

Ello supuso, de modo inmediato, cuatro consecuencias: la primera, una colosal rebaja de la protección exterior; la segunda, la necesidad de ser capaces de competir con “las grandes economías occidentales”; la tercera, “que los gobiernos españoles no podrían modificar a voluntad las reglas del juego”; y la cuarta, que “las Comunidades iban a experimentar, a medio plazo, transformaciones sustanciales, de forma que la economía española no se adhería a un marco rígido, sino a un esquema cambiante”.

Esta incorporación ha pasado ya en España por tres etapas:

La primera, de 1986 a 1990, es una etapa expansiva, que concluyó en catástrofe a causa de un considerable déficit del sector público, de una política monetaria restrictiva y, por ello, con altos tipos de interés y del mantenimiento de las rigideces de los mercados, con una peseta que desde 1989 se había integrado en el Sistema Monetario Europeo con un tipo de cambio sobrevalorado respecto al marco alemán.

Tal catástrofe va a mantenerse desde 1991 a 1995. y su signo externo son las tormentas monetarias de 1992 y, sobre todo de 1993. A partir de 1996 se inicia la tercera etapa, presidida por la necesidad de integrar nuestra economía a la Zona del Euro.

En tales etapas se observa un rápido crecimiento en la importaciones de bienes: pasaron del 13'81% del PIB en 1985, al 35'50 % en 1998, y las de servicios del 2'17% al 3'96%.

Los motivos son cuatro: el “mayor crecimiento de la economía española”; la “virtual desaparición de la protección exterior derivada de nuestra integración”; el “aumento de la elasticidad-renta de la función de importación, en especial la de bienes no energéticos”; finalmente, el que “muchas empresas españolas han empezado a generar parte de la cadena de valor fuera de nuestro territorio, por lo general por razones de coste salarial y porque la libertad de movimientos de mercancías y capital, unido a las posibilidades de la telemática moderna..., así lo permiten”.

En 1998, para compensar eso vemos que la exportación de bienes supone el 26'79% del PIB y el 9'88% la de servicios.

El equilibrio, por ahora, lo provoca sobre todo el peso de las exportaciones de los servicios, y en especial del turismo, cuyos ingresos “suponen ya, en términos corrientes, un 9% del PIB español”, pero es posible que su ritmo de crecimiento comience a frenarse, “porque la oferta no es infinitamente elástica y ... porque la óptima renta de situación de la que hoy disfruta España- en muchos de los países competidores la inseguridad política contrae la demanda- puede no mantenerse durante muchos años”.

Luego el centro del equilibrio exterior español pasa a la exportación de bienes, que probablemente va a apoyarse en la presencia en la Unión Europea y en la “internacionalización de muchas de las empresas”, aparte de que todo esto obliga a situar a nuestras empresas ante un reto exterior considerable.

Si no somos capaces de evitar los efectos contractivos del saldo neto exterior, pasaremos a tener que aceptar que nuestra expansión futura, como se indica como posibilidad por parte de Jaime Requeijo, está edificada en un “género concreto - el de los saldos exteriores- y novedoso”.

En resumen, al llegar el final del siglo XX, la economía española ha multiplicado su producción, en términos reales, por nueve respecto a 1900. Simultáneamente, gracias a cambios importantes en el sistema fiscal -Reforma de 1978-1979-, a ampliaciones en el Estado de Bienestar, y a que en el marco de las relaciones laborales que se encaminaron hacia situaciones de concertación, se ha pasado a tener una distribución de la renta tan igualitaria como los países occidentales más importantes.

La población ha alcanzado los 40 millones de habitantes, pero su crecimiento futuro –incluso su mantenimiento–, no va a depender de la diferencia positiva entre natalidad y mortalidad, sino de la inmigración. Varias comunidades autónomas han superado ya el PIB por habitante medio de la Unión Europea de los “quince” y España en su conjunto lo hará en la primera década del siglo XXI. Ha dejado España de tener una economía nacional, y ha pasado a ser la suya una economía comunitaria.

Da la impresión de que así España ha consolidado la base necesaria para asumir con responsabilidad los restos de la actual etapa de la Revolución Industrial presidida por el fenómeno de la globalización.

Nota biográfica:

El Profesor Juan Velarde Fuertes es Doctor Honoris Causa por las Universidades de Oviedo, Sevilla, Pontificia de Comillas y Alicante.

Es uno de los Catedráticos de Economía más prestigiosos de España y uno de los más destacados Directores de Tesis Doctorales, por la relevancia de sus líneas de investigación, la calidad de los trabajos y el gran número de tesis dirigidas en varias universidades españolas.

Ha dirigido numerosas tesis de gran interés para la economía española, con una temática amplia que comprende desde estudios agrarios a análisis de la industria, el mercado de trabajo y otros temas, y también sobre temática de Latinoamérica y Mercosur.

Nació en Salas, en la región española de Asturias en 1927 y se licenció en Ciencias Económicas en la Primera Promoción de esta carrera en la Universidad Complutense de Madrid, en la que se doctoró con Premio Extraordinario en 1956.

Como Catedrático de Economía Aplicada ha realizado una inmensa labor docente e investigadora, y ha formado a economistas muy cualificados de forma que su trayectoria se proyecta a través de su papel formador.

Es Académico de número de la Real Academia Española de ciencias Morales y Políticas desde 1978. Ha dirigido la “Revista del Trabajo” y “Anales de Economía”. Fue Premio Nacional de Literatura de Ensayo en 1971.

Posee numerosos e importantes premios como el Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales en 1992, el Premio Rey Jaime I de Economía en 1996 y el Premio Economía de Castilla y León “Infanta Cristina” de 1997.

Ha ocupado importantes cargos de asesoramiento económico en la Administración Pública española y su influencia se extiende también a la sociedad a través de sus numerosas intervenciones en medios de comunicación, conferencias y coloquios, no sólo en España sino también a nivel internacional especialmente en los países latinoamericanos.

En la actualidad es Consejero del Tribunal de Cuentas y Profesor Emérito de la Universidad Complutense de Madrid.

Comentarios a la Conferencia del Profesor Velarde

Por María del Carmen Guisán
Directora del Master ESI de la USC

La conferencia del Profesor Velarde nos permite dar un paseo rápido por la historia de España a lo largo de algo más de un siglo, y en ella se recogen aspectos muy importantes de la experiencia española que pueden ser de indudable interés para ayudar a

otros países a superar las primeras fases del desarrollo económico y alcanzar unos ritmos de crecimiento sostenido que les acerquen a la media de los países de la OCDE.

Estas reflexiones son particularmente interesantes para los países latinoamericanos pues muchos de ellos necesitan conseguir un clima de paz y armonía social que garantice el desarrollo de la inversión y permita un ritmo de crecimiento elevado de su renta real por habitante. Se necesita promover la cooperación interior y exterior pues ello va a permitir el despegue económico de los países latinoamericanos.

Es importante que en ese proceso se eviten errores basados en radicalismos trasnochados, en mitos autárquicos y en otras experiencias negativas que han afectado también a otros países y por ello es bueno aprender de la experiencia de los que ya han superado muchas de dichas dificultades.

Entre las muchas sugerencias que la conferencia permite efectuar para aconsejar políticas económicas eficaces a los países latinoamericanos me gustaría destacar brevemente las siguientes:

1) Es importante no caer en tentaciones autárquicas. Cada país latinoamericano debe pensar en el conjunto de la región, en el conjunto del continente americano y en su apertura exterior. Cada país individualmente no tiene tamaño suficiente para un desarrollo competitivo en muchas industrias, sin embargo agrupados en zonas como Centroamérica, Pacto Andino y Mercosur su mercado puede ser mucho más interesante.

2) La cooperación exterior es importante, tanto la de Estados Unidos, como la de España y otros países de la Unión Europea, y la de Japón. Todas estas cooperaciones son compatibles y no deberían de ser excluyentes sino basarse en actitudes positivas que tengan en cuenta el objetivo esencial de ayudar al desarrollo latinoamericano. Al final la cooperación es buena para todos.

3) Es importante que exista un impulso a la industrialización pues la industria es el motor del crecimiento. La experiencia enseña que los economistas deben tener un papel importante en el diseño de las políticas de apoyo a la industria pues no se trata sólo de un problema técnico sino de un problema fundamentalmente económico y financiero. Las alianzas internacionales que favorezcan la inversión extranjera a medio plazo y el incentivo a la inversión interior son esenciales en este proceso.

La historia de España en el siglo XX muestra que la primera mitad fué de bastante estancamiento, que la guerra civil supuso una catástrofe económica y que hasta la década de 1960 España no entró en un proceso decidido de crecimiento económico. La colaboración con los países europeos del entorno, el estímulo a la industria y al turismo y la mejora del nivel educativo de la población fueron elementos importantísimos que han permitido que la segunda mitad del siglo XX haya sido la del despegue de la economía española.

Con paz social, actitudes cooperativas, y políticas económicas similares las que contribuyeron al desarrollo español, con especial énfasis en la industria, la educación y la apertura al exterior, los países latinoamericanos pueden experimentar en las primeras décadas del siglo XXI un despegue económico importante de forma que puedan superar los problemas económicos y sociales que les afectan.